

triunfo de Mendigorria con el ascenso á teniente general, y elevado á esta categoría despues de la corta pero brillante campaña que acababa de hacer y cuando el veterano Sarsfield declinaba un mando que no podia quedar vacante, el deber militar y el patriotismo no permitian á Córdoba dejar de aceptar el difícil puesto que se le confiaba. Mas no se hacia aquel entendido general la menor ilusion acerca de la mision que tomaba á su cargo. «Hemos ganado, escribia al ministro de la Guerra inmediatamente despues de la batalla de Mendigorria, seis meses de vida, durante cuyo plazo respondo de contener al enemigo en sus antiguos límites. Aproveche el gobierno el tiempo para buscar recursos y crear elementos con que concluir y terminar esta guerra.»

La alimentacion de las tropas se habia hecho tanto mas difícil cuanto que abandonados que fueron los puntos fortificados, no podian sacarse los recursos que antes suministraban las zonas adyacentes. Ardua era la tarea del general en jefe en circunstancias tan criticas, por ser cabalmente aquellas en las que con mas intensidad ardia el fuego de la insurreccion en las provincias y en las que el ejército era el valladar de la sombra de autoridad que aun conservaba el gobierno central.

Al mismo tiempo que tenia Córdoba que contener la arrogancia de los carlistas, que mejor provistos que nuestros soldados y sin disturbios interiores que apaciguar, aprovechaban todas las ocasiones de crear dificultades á la situacion defensiva que tuvo precision de adoptar el ejército de la Reina, veíase el general que lo mandaba en la absoluta imposibilidad de emprender operaciones, por no poder llevar consigo los repuestos de víveres absolutamente indispensables teniendo que operar en territorios dominados por un enemigo que ninguna necesidad tenia de cuidar de su subsistencia que el país le suministraba con facilidad y en abundancia.

A duras penas logró Córdoba que se le contratasen 2,000 acémilas que no llegaron á reunirse, pues cuando se tuvieron, la falta de pago á los contratistas hizo que las retirasen dejando desatendido el servicio.

Luchaba Córdoba con estas y otras dificultades de análoga especie y reducida su fuerza de operaciones á treinta mil hombres escasos, pues aunque el Erario tenia que proveer á la subsistencia y prest de ciento veinte mil soldados de que nominalmente se componia el ejército del Norte, entre las guarniciones, la fuerza destinada á cubrir el paso del Ebro y las provincias de Burgos y de Santander de incursiones carlistas, las partidas de comision y los enfermos, la fuerza disponible quedaba limitada al expresado guarismo. con cuyo relativamente escaso número de soldados habia que atender al socorro de los numerosos puntos guarnecidos y cuya conservacion era del todo precisa para que no fuese ilusoria la barrera que contenia al enemigo dentro del país vascogado.

Posteriormente á la accion de Mendigorria, el mes de julio y la primera quincena de agosto tuvo que ocuparlos Córdoba en paseos militares de Logroño á Puente la Reina y Pamplona y sucesivamente á Lerin, á Vitoria y Pancorbo, obligado por circunstancias que fuera prolijo cuanto innecesario enumerar, á proveer á la custodia de convoyes y á proteger los campos de instruccion que estableció con objeto de adiestrar á los quintos en el manejo de las armas.

Despues de levantado el primer sitio de Bilbao y al finalizar el mes de agosto, intentaron nuevamente los carlistas bloquear aquella plaza, para coadyuvar á cuya operacion obtuvo Maroto de don Carlos el mando de una columna compuesta de cuatro batallones y de alguna artillería, fuerza que debia obrar en combinacion con los batallones de que disponia Gonzalez Moreno, por la rivalidad que existia entre los dos caudillos y las acertadas disposiciones tomadas por Córdoba, frustraron los intentos de don Carlos y pusieron á Bilbao á cubierto de inmediato peligro, merced al ingreso en sus muros de la legion inglesa enviada de refuerzo.

El 15 de agosto desembarcaba en Santander el jefe superior de la legion auxiliar británica que lo era el general Lacy Evans, quien el 20 se trasladaba á San Sebastian en compañía del general Alava, procedentes ambos de Inglaterra. Dos batallones ingleses y uno de tropas españolas reforzaron

la guarnicion de la última de dichas plazas y el 26 el comandante general de Guipúzcoa Jáuregui salió con Evans á hacer un reconocimiento sobre la línea del enemigo. A su aproximacion retiráronse á Aztigarraga los carlistas, replegándose igualmente al siguiente dia sobre Oyarzun. Estos movimientos que parecian indicar falta de confianza por parte de los carlistas y el estímulo que llevaba á los ingleses á dar aventajada idea de su cooperacion indujeron á Alava y á Evans á intentar el apoderarse de Hernani á fin de establecer las comunicaciones por tierra con Francia, libertando el fuerte construido á orillas del Bidasoa y que diariamente era atacado por los carlistas.

Pusieron en marcha los liberales en la mañana del 30 con una fuerza de 5,000 hombres, entre ellos dos mil ingleses y el resto compuesto por los batallones de San Fernando, Africa, los provinciales de Jaen y de Oviedo, los chapelgorris y los urbanos de Tolosa y San Sebastian; fuerzas mandadas por los dos citados generales á cuyas órdenes militaban el brigadier Jáuregui, el de igual graduacion Chichester y los coroneles Dikson y Kerby.

El general Gomez, que mandaba los carlistas, repartió los cuatro batallones de que disponia, situándolos entre la venta de Oriamendi, las alturas de Santa Bárbara y las entradas de Hernani. La primera de estas posiciones fué abandonada por los carlistas que se replegaron sobre la segunda, la que atacada con vigor por una columna anglo-hispana, estuvo á punto de ser tomada, pero al mismo tiempo ocurría un lance adverso á una columna de los liberales, la que habiendo penetrado en las calles de la poblacion fué rechazada, y se vió obligada á retirarse, movimiento que arrastró á los que ya eran casi dueños de la posición de Santa Bárbara, y unos y otros se replegaron con orden al abrigo de la batería colocada en Oriamendi, y que defendía la reserva compuesta de ingleses; mas en aquel crítico momento un atrevido empuje dado por Gomez por el lado de Lasarte y un ataque á la bayoneta de los carlistas quedados de reserva en Hernani, introdujeron la confusion en las filas de los aliados, los que se retiraron en desorden siendo perseguidos hasta muy cerca de las murallas de San Sebastian.

A fin de atenuar en lo posible un hecho de armas que hasta cierto punto desprestigiaba el concepto que para sus subordinados ambicionaba Evans, publicó este general una orden del dia en la que aseguraba haber llenado su objeto, que no habia sido otro sino el de hacer un reconocimiento sobre Hernani. Inmediatamente despues de haber regresado á San Sebastian la division expedicionaria, hubo que embarcar la mejor parte de ella para Portugaleta, á fin de atender á la seguridad de Bilbao amenazado por Moreno y por Maroto, mas no siendo suficiente dicho refuerzo, embarcóse dos dias despues con destino al mismo punto el resto de la guarnicion de San Sebastian, en cuya plaza solo quedó un batallon de línea y los urbanos, de lo que hubo de seguirse que toda Guipúzcoa cayese á discrecion en manos de los partidarios de don Carlos. Y no considerándose todavia suficientes los esfuerzos que se hacian para la defensa de Bilbao, fueron sucesivamente enviados á Portugaleta los nuevos cuerpos ingleses desembarcados en Santander, y á mayor abundamiento dióse igual destino á una brigada de la Guardia real mandada por don Joaquin Ezpeleta, y á las divisiones de Espartero y de Iriarte.

Conociendo la importancia de alejar al enemigo de las cercanías de Bilbao, quiso Córdoba marchar en direccion de aquella plaza, mas no permitiéndoselo la actitud de las fuerzas carlistas concentradas en Estella, maniobró con éxito á efecto de impedir que los carlistas enviases refuerzos á Bilbao. Mas de resultas de los movimientos efectuados por el enemigo contra aquella asediada plaza, reunió este en Los Arcos catorce batallones y quinientos caballos mandados por Moreno, secundado por Iturralde, Simon La Torre, Sanz, Goñi, cuyas fuerzas reunidas atacaron al general Aldama, trabándose, en su consecuencia, una accion que no fué decisiva y que se habria probablemente renovado al siguiente dia, si durante la noche no hubiese Aldama emprendido su retirada á Viana. La pericia de Córdoba logró, sin embargo, la ventaja de entretener á Moreno, dando tiempo á las tropas enviadas á Bilbao

para que obligasen á Maroto á levantar el bloqueo, como efectivamente se realizó el 6 de setiembre.

Todavía, sin embargo, permanecieron los carlistas dueños del territorio que media entre aquella plaza y Durango, y en situacion de espiar los movimientos de las tropas de la Reina sacando partido de la posición y perfecto conocimiento del terreno en que operaban. Espartero, acudido en socorro de Bilbao, encontró á Moreno y á Maroto fuertemente establecidos en Arrigorriaga y no vaciló en atacarlos, creyendo poder contar con la cooperacion de los ingleses y de la division Ezpeleta; pero el último, receloso de que los auxiliares británicos, casi todos reclutas, no tuviesen la consistencia necesaria para sostener un desigual combate con superiores fuerzas enemigas, se habia retirado. No obstante lo cual, el bizarro Espartero, que tanto se crecia en los momentos de mayor peligro, supo hacer, como era su costumbre, de la necesidad virtud, y á presencia de los habitantes de Bilbao, que desde sus azoteas presenciaban la esforzada contienda, logró entrar en la amenazada villa con el resto de su division considerablemente menguada de resultas de una batalla que casi solo habia sostenido.

En aquella sangrienta jornada interceptaron los carlistas el paso de la ria hasta para los mismos buques ingleses, y detuvieron al teniente de esta nacion Pike portador de un aviso para su cónsul.

Lord Hay, jefe del apostadero británico, reclamó la libertad del oficial detenido, al mismo tiempo que el libre paso de la ria; pero concedido lo primero, negáronse los carlistas á dejar expedida para los buques ingleses la comunicacion con la plaza, llevando las tropas de Maroto su audacia hasta tirar sobre los buques de dicha nacion. Lord Hay reclamó irritado que le entregasen los agresores, y hasta se dirigió á don Carlos amenazándolo con la venganza de Inglaterra.

Iguales desaires que el pabellon de aquella nacion, experimentó el de Francia, pues diariamente cruzaban las balas de los carlistas sobre los centinelas franceses estacionados en Behovia.

Tambien desde Fuenterrabia embarazaban á las embarcaciones francesas el paso del Bidasoa, y aun llegó el caso de que los carlistas se tiroteasen con la guarnicion de Hendaya, con motivo de retirarse de sus aguas buques españoles detenidos por los franceses. Análogos incidentes se verificaban en la frontera de Cataluña por Perpiñan, sin que el general Castellane, comandante superior militar de los Pirineos orientales, hiciese sentir á los carlistas el peso del resentimiento de la Francia. Semejante lenidad por parte de los aliados de la Reina de España, daba amplio margen á los carlistas para propar que nada tenian que temer de las consecuencias del ponderado tratado de la cuádruple alianza.

Noticioso Córdoba del resultado de la costosa jornada de Arrigorriaga, dirigióse con fuerza á la llanura de Alava con objeto de distraer la atencion de los carlistas y de proteger la salida de Ezpeleta de Bilbao. Amenazado este general por Moreno, acudió Córdoba en su auxilio ocupando la Peña de Orduña, con lo que consiguió atraer á Moreno; pero apercebido este del ardid, cargó nuevamente sobre Ezpeleta, al que consiguió rodear en Medina de Pomar por fuerzas superiores y principalmente de caballería, arma de que carecia el general de la Reina en terreno en el que esta arma le era necesaria. Apurada llegó á ser la situacion de Ezpeleta, y hubiera tal vez consumado su pérdida, si las irresoluciones de Moreno y de Maroto, no hubiesen proporcionado al general cristino la ocasion de salvarse, como lo logró, merced á los movimientos de Córdoba y á las faltas cometidas por los jefes carlistas.

Como la historia de la guerra civil no debe degenerar en la biografía de los caudillos del Pretendiente, cuyas rivalidades é intrigas tanto contribuyeron á debilitar la causa de aquel príncipe, pasaremos en silencio los pormenores de la honda enemistad que mediaba entre Maroto y Moreno, la que al fin condujo á la retirada á Francia del primero, y á la separacion del mando del segundo.

Fué reemplazado el último en 23 de octubre por don Nazario Eguía, de la renombrada familia de este nombre, tan conocida por su hostilidad á cuanto oia á liberal.

El personaje de larga historia que tomó el mando del ejército carlista, tenia en su abono una dilatada carrera de armas, pues entró á servir en el siglo último tomando parte en la guerra que Carlos IV declaró á la República francesa en 1792, y durante la invasion de los ejércitos de Napoleon en 1808 y siguientes años, permaneció Eguía constantemente al frente del enemigo. Hallándose en 1829 de Capitan general de Galicia, acabó de hacerlo célebre el ruidoso hecho que puso en peligro su vida, privándolo para el resto de ella de su mano derecha.

Encontrábase el general en la Coruña y en su bufete abriendo el correo, cuando al romper el sello de un abultado pliego de oficio, estalló un petardo cargado con pólvora fulminante y con proyectiles explosivos que lo hirieron gravemente é hicieron necesaria la amputacion que lo dejó manco. Aquel hecho enalteció la fama de Eguía como realista, y reforzó los lazos que le unian al partido intransigente, en el que tan prominente papel habia hecho su pariente y homónimo el célebre *Coletilla*.

Semejantes antecedentes bastaban para marcar el puesto que debia ocupar don Nazario Eguía en las filas del carlismo en las cuales habia militado, desde el momento en que este partido hizo su advenimiento ostensible en el campo de la política.

Cupo tambien á Eguía la suerte de ser la primera autoridad militar superior que la Reina Cristina, al entrar á ejercer su cargo de Gobernadora del reino, separase del servicio activo, y aunque se cohonestase aquella destitucion concediendo á Eguía el título de conde, por todos fué mirado desde aquel momento el agraciado como celoso partidario de la causa del Pretendiente.

Trasmitió el gobierno órdenes al Norte para que la legion inglesa que, como queda dicho, guarnecia á Bilbao se trasladase á Vitoria, movimiento que exigia, cualquiera que fuese la direccion que para efectuarlo tomase, atravesar el territorio dominado por los carlistas.

Con la sagacidad propia de sus dotes militares, escogió Córdoba para la difícil operacion de acompañar á los ingleses á un jefe de la audacia y pericia de Espartero, á quien confió el encargo de que tomando la carretera de Durango sirviese de guía y de refuerzo á los auxiliares británicos, interin Córdoba, con el grueso del ejército, se situó en la llanura de Alava, con el doble objeto de esperar y de prestar auxilio á las divisiones que conducia Espartero.

Ambas secciones del ejército de la Reina iban á juntarse en las cercanías del pueblo de Alegría, cabalmente en el aniversario de la funestísima jornada que consumó la derrota y el cruel fusilamiento del brigadier O'Doile.

Grandes y no descaminados esfuerzos hizo Eguía por sorprender en los momentos en que con ventaja le fuera dado hacerlo, ó por lo menos intentarlo, los batallones que descendian en direccion del llano; pero Córdoba que habia aprendido demasiado bien su oficio de general, supo darse la mano con Espartero y con la legion inglesa, á efecto de que pudiesen incorporarse sin sufrir descalabro ni los que llegaban ni los que estaban aguardando.

No contento con haber logrado ejecutar la difícil operacion sin que el enemigo pudiese sacar partido del movimiento, quiso Córdoba hacer alarde de su arrojo apoderándose á vista del enemigo del fuerte de Guevara, donde este tenia su puesto y su hospital.

Consiguiólo á costa de sensibles pérdidas, y tuvo la satisfaccion de ocupar el punto que ambicionaba, satisfaccion mas de amor propio y de orgullo militar, que de provecho y de interés permanente, pues no siendo posible conservar la posición sin comprometer para lo sucesivo la seguridad de su base de operaciones, tuvo Córdoba que emprender su movimiento de retirada, movimiento de ejecucion difícil, toda vez que fué ejecutado en presencia de un enemigo que disponia de suficientes fuerzas para haber presentado la batalla en condiciones que en caso de revés hubieran podido ser funestísimas para el general de la Reina, peligro que, militarmente hablando, inutilizaba el esfuerzo hecho por Eguía para alcanzar una victoria que se le escapó de las manos.

En los dos días que duró la operación que acabamos de reseñar, hubo una continuada serie de acometidas por parte de los carlistas y de hábiles y bien calculadas evoluciones por parte de Córdoba, que costaron á ambos ejércitos sobre doscientos muertos y ochocientos heridos, siendo la principal ventaja de las tropas de la Reina la de haber paralizado los vigorosos ataques de sus contrarios, además de haber hecho un centenar de prisioneros.

El 1.º de octubre había regresado el ejército á Vitoria, y al siguiente día se puso en marcha para la Puebla de Argenson, Haro y Logroño, donde llegó el día 5, movimiento que tuvo por objeto asegurar la línea del Arga, una de las bases del sistema de bloqueo á que daba Córdoba grande importancia, según su plan de encerrar estratégicamente á los carlistas dentro de su propio territorio.

En aquella marcha hizo aquel general volar los puentes por donde el enemigo pudiera tener fácil salida, atento siempre á completar las medidas de bloqueo con la fortificación de Laraga y de los puntos estratégicos dentro de los que estaba en sus miras contener á los carlistas, cual si se vieran reducidos al recinto de una plaza estrechamente bloqueada.

En la ejecución de sus intencionados movimientos proporcionósele á Córdoba la ocasión de apoderarse de Estella, como en efecto lo consiguió utilizando su fortuito triunfo para hacer alarde del éxito de sus movimientos, y dando á luz con este motivo una orden del día al ejército concebida en los términos de seguridad y de confianza que eran familiares á la retórica militar del caudillo de la Reina. Pero era este atentamente espiado por su contrario Eguía, y vióse atacado á la salida de Estella en la mañana del 16.

Ambas fuerzas contendientes procuraban aprovechar las ventajosas posiciones que ofrecía la naturaleza del terreno, y señalése aquella acción por lances de guerra honoríficos para unos y otros combatientes, habiendo quedado la ventaja material por parte de las fuerzas de la Reina, toda vez que, lejos de sufrir descabros en su marcha, la caballería dió brillantes cargas, siendo el fruto de ellas el hacer un centenar de prisioneros. Pero en una guerra de diarios y sangrientos combates, como la que se estaba haciendo, el invariable tema de los carlistas, como de los liberales, lo era el de atribuirse la victoria, que en realidad para nadie era declaradamente fructífera, pues ni los carlistas solían avanzar, ni los liberales continuar en la posesión de los puntos de que á costa de mucha sangre se apoderaban para tener seguidamente que abandonarlos.

En los últimos días de noviembre llegó al frente de San Sebastian don Joaquin Montenegro, director de la artillería de don Carlos, llevando consigo una división de infantería y tres piezas de grueso calibre. Sin pérdida de tiempo estableció una batería contra la casa fuerte de Arrambari, inmediata á la plaza, de cuyo punto se apoderó, pereciendo en su defensa cincuenta y dos valientes, incluso su jefe don Pedro Argote.

Envalentonados los carlistas avanzaron sus baterías en disposición de batir con ellas otros fuertes que dominaban las comunicaciones con Francia, empeño del que hubieron de desistir por haberse presentado un ayudante del general francés que mandaba en Bayona, conminando con la entrada inmediata de tropas de la nación vecina, si los carlistas continuaban en su propósito.

Digno émulo de sus compatriotas de Bilbao, el vecindario de San Sebastian y su ayuntamiento, dispusieron el armamento en masa de la población útil y proclamaron su firme resolución de sepultarse en las ruinas de la ciudad, antes de consentir pusieran el pie en ella los enemigos de la Reina, los que por su parte abrigaron la menguada esperanza de encontrar entre los habitantes de San Sebastian cómplices de una traición, de que eran incapaces los liberales guipuzcoanos.

Frustrados los carlistas en su vana esperanza dieron principio al bombardeo de la ciudad dirigiendo sus tiros mas bien que contra las fortificaciones, contra el caserío, sin que por ello consiguieran abatir la firme resolución del leal vecindario, cuya fe liberal jamás se ha desmentido en medio de las arduas pruebas por que ha tenido que pasar en los renovados períodos de la larga y encarnizada guerra civil de la que ha sido principal teatro el suelo vascongado.

Habia el general Córdoba considerado la guerra empeñada en las provincias del Norte, como una operación científica, militarmente hablando, pero ligada al mismo tiempo tan íntimamente á la política, que si la seguida por el gobierno no inspiraba confianza á los partidarios de la Reina y no daba la posesión de suficientes recursos para el ejército, opinaba que sería larguísima cuanto difícil empresa la de vencer al carlismo y pacificar al país.

Semejante teoría que el raciocinio bastaba para justificar, lo ha sido veinte años después por la luminosa experiencia suministrada por la guerra separatista de los Estados Unidos de América. En ella respondió siempre la paciencia y la perseverancia del general Grant al denuedo del ejército del Sur y á los patrióticos esfuerzos de los esclavistas, ostentando aquel su inquebrantable confianza en los superiores recursos de los Estados del Norte y en el levantado espíritu público y unión de sus habitantes.

En los largos días de prueba por que tuvo que pasar el general Córdoba luchando con la falta de dinero, de víveres y de trasportes, jamás vaciló su fe en la eficacia de su sistema de bloqueo territorial, ni en la importancia que daba á la unión de los liberales y á la estabilidad del gobierno.

Perseverante en estos principios, después de haber sostenido lealmente al ministerio Toreno, sin salir de los límites de una inteligente obediencia al gobierno constituido, prestó igual y todavía mas decidido apoyo al gabinete Mendizabal, á cuyo efecto dispuso que todos los cuerpos del ejército representasen á la Reina en aplauso de la marcha política de su gobierno, dirigiéndose al mismo tiempo á las Cortes, renovando el juramento que tenía hecho el ejército de derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la independencia, de la libertad de la patria y del trono legítimo de la Reina; patriótico y elevado pensamiento que valió al general y al ejército los plácemes y el reconocimiento de la nación.

Interin los partidos se disputaban encarnizadamente la posesión del poder, Córdoba dividía su atención y empleaba su tiempo en proveer al mantenimiento y al bienestar de sus soldados y en seguir una activa correspondencia con sus amigos de Madrid, excitándolos á que diesen apoyo á Mendizabal, al mismo tiempo que apremiaba á este para que atendiese á las necesidades del ejército. Consecuente á estos laudables antecedentes fué la conducta observada por el general con motivo de un ruidosísimo acontecimiento que á fines del año, cuya historia narramos, hizo gran sensación en el país y sacó de quicio al partido que entonces lo era el mas avanzado, al partido progresista, contra el ilustre general que debía ser su futuro jefe.

Formaba parte de la división al mando de Espartero el batallón de voluntarios guipuzcoanos denominado de los chapelgorris. Marchando este general á mediados de noviembre en dirección de Haro, atravesando el comprometido territorio llamado de las Conchas á orillas del Ebro, entregáronse los individuos de dicho batallón á vituperables excesos en varios de los pueblos de aquella ribera. Profanaron las iglesias, robaron los vasos sagrados y atropellaron á sujetos respetables, entre ellos á individuos del clero. Quejóse el obispo de Calahorra de estos atentados y mandó en su consecuencia Espartero que se instruyese la correspondiente sumaria, cuyas primeras diligencias dieron lugar á la prisión de dos oficiales y un sargento, medida que lejos de haber contenido la indisciplina la agravó en términos de que individuos del mismo cuerpo se entregaron á nuevos sacrilegios en los pueblos de Subijana de Alava y de Ulibarri. Irritado de ello Espartero é impaciente de las dilaciones de la sumaria, creyó comprometido el honor del ejército y amenazada su disciplina, y no vaciló en adoptar una de aquellas durísimas resoluciones que aunque contrarias á las estrictas formas de la justicia, son á veces delante del enemigo y en épocas de guerra civil de imperiosa cuanto terrible necesidad.

El día 13 de diciembre dispuso Espartero que la división formase en el pueblo de Gomecha y mandando salir al frente de la línea al batallón de chapelgorris, dirigió á sus soldados estas severas palabras:

«El batallón que teneis delante es el deshonor de toda la

DOCUMENTO NUM. I

DICTÁMEN QUE DIÓ EL EXCMO. SEÑOR DON BALDOMERO ESPARTERO, COMANDANTE GENERAL DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS, AL EXCMO. SEÑOR GENERAL EN JEFE DE LOS EJÉRCITOS DE OPERACIONES Y RESERVA EN CUMPLIMIENTO DE LA ÓRDEN QUE LE COMUNICÓ AL EFECTO, SOBRE LA CAUSA INSTRUIDA CONTRA EL BATALLON FRANCO VOLUNTARIOS DE GUIPÚZCOA, CON MOTIVO DE LOS ROBOS, PROFANACIONES DE IGLESIAS, SACRILEGIOS, HERIDAS Y OTROS ATENTADOS COMETIDOS EN VARIOS PUEBLOS.

Exmo. Señor: En vista del oficio que V. E. se sirve pasarme con fecha 1.º de este mes, consecuente á la consulta que trasladé á V. E. del fiscal de la causa instruida contra los autores y cómplices de los robos y demás atentados cometidos por el batallón de voluntarios de Guipúzcoa, me veo en el sensible caso de dar á V. E. manifestaciones que estaba muy lejos de creer necesarias, después de haber deferido gustoso á lo opinado por dicho fiscal en la consulta que sometí á la superior determinación de V. E.

Estaba persuadido de que la medida tomada para corregir los inauditos crímenes del expresado batallón y para que su pernicioso ejemplo no contaminase á los demás cuerpos, se había de considerar generalmente precisa, indispensable y conveniente, acatándola aun aquellos mal avenidos con todo lo que propende á mantener el orden y la disciplina de las tropas. Nunca llegué á sospechar que después de lacerado mi corazón por el sensible castigo que me fué necesario ordenar; que después del terrible choque entre mi amor al soldado y un acto de justicia que si prevaleció fué por la conservación del mismo y por lo que debía influir en la salvación de la patria, se me atacase sin respeto á la autoridad, sin miramiento á la subordinación militar, sin consideración al orden, y sin reparo de los males que había de reportar á la causa de la libertad, en un lugar sagrado, en el santuario de las leyes.

Pero, ¿cuál habrá sido mi sorpresa al leer en la *Gaceta* del 29 del pasado, las interpelaciones hechas por dos representantes de la nación? ¿Y cuál mi asombro al ver denunciado por estos un acto de necesaria justicia? La aprobación de V. E. consignada en la adición á la orden general del 16 del pasado, aprobación afianzada en el cumplimiento de lo prevenido en las reales ordenanzas y disposiciones de la orden general del ejército, mi convencimiento íntimo de haber obrado con equidad, justicia y conveniencia pública, y los testimonios de aceptación merecidos por la aprobación de los hombres, que, conocedores del crimen, vieron la absoluta necesidad del castigo, parecía deber tranquilizar mi espíritu y despreciar indicaciones que estoy seguro las desechará el Estamento en que se ha cometido el arrojado de proferirlas; pero las consecuencias pueden ser fatales y esto me obliga á solicitar su reparación. El público que ignora los hechos y que ve que un representante los califica de arbitrariedad horrorosa, juzga con prevención y desconfianza con fundamento. El ejército recibe un ejemplo pernicioso, cuyos terribles efectos he principiado yo á tocar. Varios jefes se me han presentado demostrando sus recelos de poder mantener la disciplina en vista de tales indicaciones. Temen y con razón que se subvierta el orden y que el soldado, sabedor de ellas, se considere autorizado para consumir los crímenes mas horrendos, cuando por padres que se llaman de la patria, se propalan doctrinas capaces de minar el cimiento, la base fundamental de la sociedad. Nuestros enemigos, que por desgracia no son pocos, sacarán tambien fruto, hallando medios para la escisión, que algunas veces ha concedido ventajas á su injusta causa, retardando el triunfo de la libertad.

Estos males, Exmo. Sr., conoce V. E. necesitan de pronto y eficaz remedio, y su superior ilustración sabrá adoptar el mas oportuno, como el primer interesado en que el ejército que tan dignamente manda conserve el orden y la disciplina que ha sabido mantener en medio de las oscilaciones políticas, pareciéndome, no obstante, deber indicar que los dos señores procuradores que tan inoportunamente hablaron en la sesión del 28 de diciembre último del castigo impuesto al batallón de chapelgorris, abusaron, además, de la misión que les está

división, del ejército y de la nación entera: antes de anoche han robado la iglesia del pueblo de Ulibarri, lo mismo sucedió en La Bastida, pero todo se ha de descubrir aquí, y si no, yo aseguro que he de dar fin á toda esta pandilla de ladrones.»

A esta breve cuanto imponente alocución siguió un minucioso registro de las mochilas de los Chapelgorris, en las que solo fué encontrado un rosario de plata y dos ó tres prendas de escaso valor. No obstante Espartero ordenó que el jefe de la plana mayor procediese á diezmar el batallón, quintando en seguida el resultado de esta primera operación; hecho lo cual dispuso el inmediato fusilamiento de los individuos á quienes tocó esta última adversa suerte.

Aquella imperativa justicia recayó sobre un cuerpo de voluntarios que habla prestado incontestables servicios á la causa de la Reina, lo que grandemente contribuyó á aumentar la conmovedora sensación causada por una medida que bien podía haber hecho recaer sobre inocentes víctimas el delito de los verdaderos culpables, circunstancia que agravó el hecho de que uno de los quintados lo fuese el desgraciado Alzate, liberal de largo abolengo, padre de cinco hijos, alcalde de su pueblo, hombre apreciado por su honradez y que por puro patriotismo se habla espontáneamente alistado desde el principio de la guerra.

Los compatriotas de las víctimas del cruento sacrificio consumado en Gomecha agitaron fuertemente la opinión, y cundiendo las reeriminaciones y las quejas por medio de las correspondencias que llegaban de San Sebastian y demás pueblos de su provincia, encontraron eco no solo en la prensa progresista de Madrid, sino tambien en el Estamento de Procuradores, donde fué el asunto objeto de las mas duras reconvenciones contra el general que en términos tan expeditos y sumarios habla usurpado, en sentido de sus acusadores los procuradores conde de las Navas, don Joaquin María Ferrer y Varona, las garantías de la justicia y el amparo debido á los voluntarios de la libertad.

Unánime, hostil y prevenida mostróse la inmensa mayoría del partido progresista contra el general que debía ser su caudillo y su héroe, pero que en aquella crítica situación de su vida pública no encontró otros defensores de su patriotismo y de su levantado espíritu, de su celo por la verdadera honra de la opinión liberal y en revindicación de la disciplina del ejército, sino en la autorizada palabra del general en jefe don Luis Fernandez de Córdoba, quien no vaciló en hacer suya la responsabilidad de los hechos incriminados, hechos que aunque lamentádoslos, explicó tambien en defensa del general Espartero el periódico *El Español*, el órgano mas acreditado que por aquel tiempo representaba en la prensa los principios del partido conservador.

No pudo el gobierno permanecer indiferente ante un debate de la importancia del que la oposición habla suscitado en el Estamento de Procuradores, habiendo además sido presentada al presidente del Consejo de Ministros una exposición firmada por el jefe y oficiales del batallón de chapelgorris, en la que pedían fuese oída la voz de la justicia vengadora, cuya espada, decían, debía caer sin distinción de personas sobre todos los que de cualquier modo hubieran faltado á ella: pedían pues que se sometiese el asunto al fallo de un consejo de guerra y que averiguada que fuese la conducta de todos, si resultaban inocentes las diez víctimas sacrificadas en el campo de Gomecha, se indemnizase á sus familias sin perjuicio del castigo que mereciese su autor.

Esta exposición, dirigida por el gobierno al general Córdoba, fué por este trasladada al acusado, cuya justificación no podrá menos de parecer completa al juicio de la posteridad en presencia de los descargos dados por Espartero en respuesta de las aseveraciones de sus impugnadores.

El documento á que queda hecha referencia y que encierra la vindicación del general, tiene la suficiente importancia histórica para figurar al final de este capítulo bajo el núm. I, al que sigue, bajo el núm. II, la orden del día dada en Logroño el 16 de diciembre por el general en jefe, testimonios que completan la justificación de ambos generales, en asunto en el que el supremo interés patrio debía ser superior á todos los intereses de partido.